

cación profética; pero esto es muy poco probable, porque se ha de recordar que Isaías era un adversario de la política emprendida por Ezequías después de la muerte de Sargon, y muy particularmente de la alianza egipcia.

No espera Isaías de los hombres la salvación, sino de Jehova, y está plenamente convencido de la debilidad del Egipto, y de que Assur no caerá por espada de varón, ni le consumirá espada de hombre (31, 8). Se burla de los enviados de Ezequías que han ido secretamente con presentes al Egipto, para lograr el auxilio de un pueblo que no puede prestarlo. Ante las gentes congregadas para celebrar las fiestas, censura dentro del templo del rey la política de Ezequías, diciendo (30, 1 y siguientes): *¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehova, para tomar consejo, y no de mí; para verter sus libaciones (1) sin mi Espíritu, añadiendo pecado á pecado! Parten para descender á Egipto, y no han preguntado mi boca; para fortificarse con la fuerza del Faraon, y poner su esperanza en la sombra de Egipto. Mas la fortaleza de Faraon se tornará en vergüenza vuestra, y el amparo de la sombra de Egipto, en confusión. Cuando estén sus príncipes en Zoan (Tanis), y sus embajadores hayan llegado á Hanes, se avergonzarán todos del pueblo que no les servirá, ni les socorrerá, ni les traerá provecho; antes les servirá de vergüenza y para oprobio. Por tierra de tribulación y de angustia, donde moran el león y la leona, la víbora y la serpiente alada, van llevando sobre lomos de jumentos sus riquezas, y sus tesoros sobre corcovas de camello, á un pueblo que no les será de provecho. Ciertamente, en vano dará Egipto su ayuda; por eso yo les doy voces, que su fortaleza sería estarse quietos (2).*

La palabra de Jehova á Isaías indica mas bien que Judá ha de salvarse por la quietud y la paz. La antigua política de Acaz, observada también por Ezequías hasta la muerte de Sargon, es, pues, lo que mejor corresponde á las ideas de Isaías. Por lo mismo Ezequías procede en manifiesta contradicción con las predicaciones del profeta. Isaías prevé asimismo que el menosprecio de los consejos divinos ha de traer fatales consecuencias (30, 16 y siguientes). Israel, en vez de acatar la palabra de Jehova, prefiere «huir en caballos y en ligeros cabalgar,» esto es, confía que su aliado egipcio le proporcionará caballos y jinetes. Por eso le vaticina Isaías que huirá vergonzosamente de sus perseguidores, á miles ante la amenaza de uno solo y á diez miles ante la de cinco. Los que bajan á Egipto en busca de ayuda (31, 1 y siguientes) y ponen su esperanza en caballos y en jinetes, no consideran que el Santo de Israel no ha retirado jamás su palabra. *Y los egipcios hombres son, no Dios. Y sus caballos, carne, y no espíritu. De manera que extendiendo Jehova su mano, caerá el auxiliar, y caerá el auxiliado, y todos ellos fenecerán á una.*

No hay, pues, que buscar el origen de la modificación de los juicios de Isaías sobre la situación de Judá, sino única y exclusivamente en motivos religiosos, como puede deducirse también de la leyenda profética 2. Reyes, 18 y 19, que indica como motivo de la profecía de Isaías sobre la salvación de Jerusalem, las blasfemias contra Jehova pronunciadas por los asirios, que pretenden reservar al templo de Jehova igual suerte que la que tuvieron los de otros dioses, y no estiman mayor el poder de Jehova que el de los dioses de los pueblos vencidos por ellos hasta allí. El pronóstico de Miqueas, y que antes había sido también de Isaías, de que Jerusalem había de ser conquistada, no era posible representárselo hasta sus últimas consecuencias desde el punto de

(1) Con motivo de la jura de la alianza pactada.

(2) Según el sentido; el texto debe de haberse estropeado en la transmisión.

vista de los conceptos de la divinidad y de su culto existentes á la sazón. Porque Jehova moraba en el templo, y su culto estaba también relacionado para Isaías con la morada en la tierra, y con el fuego del sacrificio en los lugares sagrados, y lo único que en este culto excita la cólera de Jehova es que le ofrezcan sacrificios con mano pecadora, y conviertan su templo en caverna de bandidos, buscando en la ofrenda amparo para las consecuencias de sus pecados. Si bien los crímenes de los poderosos han de traer un castigo divino sobre pueblo y Estado, no pueden ser víctimas de ese castigo los mismos bienes cuyo abandono se va á vengar. Por eso sostiene Isaías á la sazón, con creciente firmeza, como necesaria condición de la fe, que Sion resistirá á la catástrofe como firme piedra angular. La casa de Jehova y la ciudad permanecerán enhiestas sin interrupción. El juicio barrerá ciertamente á los pecadores, pero proporcionando con esto mismo la posibilidad de restaurar el Estado según la enseñanza de Jehova, y también los enemigos que extiendan la mano hácia la casa de Jehova serán alcanzados por el juicio.

Los sucesos vinieron á justificar plenamente los anuncios del profeta.

Aunque las circunstancias, á la muerte de Sargon, eran muy favorables para la coalición, ésta no logró mas resultado que asegurar al Egipto, durante algunas décadas, la paz con los asirios, y sacar los egipcios al propio tiempo la enseñanza de que no estaban en posición de disputar el dominio de la Siria á aquel pueblo de organización militar mucho mas perfecta que la suya. La Asiria debió indudablemente estas condiciones de poderío á la energía y capacidad militar de Senaquerib (705-681) (3), sucesor de Sargon.

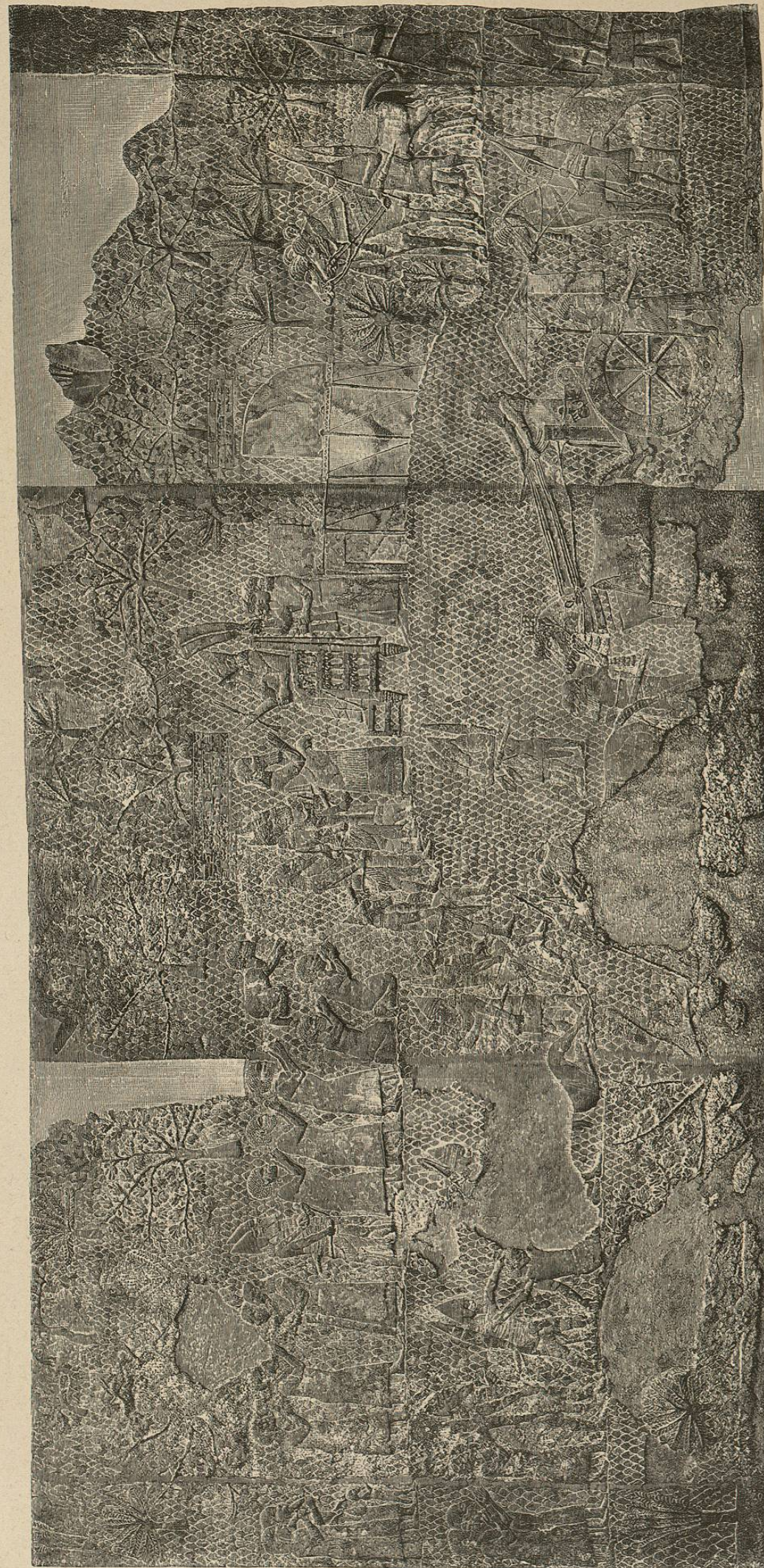
Ya en el año 703 Senaquerib logró arrojar de Babilonia á Merodach-Baladan y reducirle á su primitivo territorio, Bet-Jakin, al Sur de Babilonia; y habiendo castigado luego á los aliados de los babilonios, emprendió la marcha, en 701, contra la Siria y la Palestina.

A las inscripciones de Senaquerib debemos los principales datos sobre el curso de esta lucha, y es dudoso el grado de exactitud y fidelidad que puede concederse á lo en ellas consignado. Ciertamente el trozo bíblico de 2. Reyes, 18, 13-20, 19 (4), hace también referencia á esta época; pero nada dice de los combates de Senaquerib con los aliados palestinos de Ezequías, y lo que refiere de las negociaciones entre éste y el rey asirio, en 18, 13-19, 37, pertenece, con excepción de 18, 14-16 (5), á la leyenda profética, como asimismo la narración de la enfermedad y curación de Ezequías, en c. 20. El relato 18, 17-19, 37, es posterior cuando menos en un siglo á los sucesos de que da cuenta, y desde luego se echa de ver que no tiene carácter histórico. Ha pasado inadvertida hasta ahora la circunstancia de que este trozo no se compone de una sola y conexa narración, sino que mas bien representa el zurcido de dos leyendas, que se contradicen en los detalles, pero que versan sobre unos mismos sucesos. No se trata en el fondo de dos distintas embajadas, la primera de las cuales lleva el mensaje verbal del gran rey exigiendo la sumisión, y la otra lo presenta por escrito, sino de dos leyendas proféticas que refieren lo del mensaje y el efecto producido por él en Jerusalem, en el rey y en Isaías, figurando en una que la comunicación fué verbal y en la otra que se hizo por escrito. El zurcido que une á las dos narraciones se

(3) Es el Sanacharibos de Herodoto. De sus hechos militares no poseyeron los griegos sino noticias muy confusas.

(4) Este trozo aparece reproducido en Isaías, c. 36-39, pero con notables discrepancias, sobradamente significativas de la fidelidad observada en la transmisión de los textos históricos.

(5) A. Kuenen está en lo cierto al considerar estos versículos como procedentes de otra fuente.



RELIEVE DE MÁRMOL DEL PALACIO DE SENAQUERIB EN CUYUNDCHIK (existente hoy en el Museo británico). Representa á Senaquerib en su campamento delante de Lachish en el año 701 antes de la era cristiana, sentado en su trono con dos flechas en su mano derecha y el arco en la izquierda; delante de él está un oficial de su corte y detrás de él dos eunuocos abanicando á su señor. Mas adelante vienen prisioneros israelitas para prosternarse á los pies del vencedor, y el resto del relieve representa guerreros asirios con sus monturas y carros.

enviándole además á Nínive sus tesoros y preciosidades, sus hijas y mujeres, como también á un embajador para el pago del tributo y para prestarle homenaje.

Wellhausen advierte con razón (1) que en esta narración de Senaquerib, la batalla de Altaku no es más que un episodio de la guerra con los ekronitas. No puedo estar conforme con Schrader en que toda la importancia del relato de Senaquerib está en la campaña contra Ekron y el Egipto (2). Las expediciones contra Ezequías y contra las ciudades fenicias aparecen en él con igual importancia, cuando menos.

Con las noticias de Senaquerib coincide plenamente lo referido en 2. Reyes, 18, 14-16, que dice así: *Ezequías, rey de Judá, envió á decir al rey de Asiria en Lakis: Yo he pecado; vuélvete de mí, y llevaré todo lo que me impusieres. Y el rey de Asiria impuso á Ezequías, rey de Judá, 300 talentos de plata, y 30 talentos de oro. Y Ezequías dió toda la plata que fué hallada en la casa de Jehova, y en los tesoros de la casa real. Entonces descompuso Ezequías las puertas del templo de Jehova, y los quicios que el mismo rey Ezequías había cubierto con láminas de oro, y diólo todo al rey de Asiria.*

Las cifras que consigna el Libro de los Reyes, con referencia al tributo pagado por Ezequías, no concuerdan por completo con las de la inscripción de Senaquerib (3), pero esto es de importancia secundaria. En cambio, hay perfecta concordancia entre unos y otros datos respecto de la sumisión que se vió forzado Ezequías á prestar y que no tuvo que prestar personalmente, lo que significa que tampoco fué completo el triunfo de Senaquerib.

Del relato del Libro de los Reyes se desprende asimismo que Senaquerib no dirigió en persona el sitio de Jerusalem, que fué llevado á cabo por una división destacada, mientras que él mismo permanecía en Lakis con el grueso del ejército. Y esto concuerda con la inscripción del bajo relieve alusivo á la conquista de esta última ciudad. Dice así la inscripción: «Senaquerib, rey de los ejércitos, rey de la tierra de Assur, se sentó en elevado trono y recibió el botín de guerra de la ciudad de Lakis.» El cotejo de las inscripciones de Senaquerib demuestra igualmente que la intercalación de 2. Reyes, 14-16 está muy en su lugar á seguida del v. 13, que dice: *Y á los 14 años del rey Ezequías subió Senaquerib, rey de Asiria, contra todas las ciudades fuertes de Judá, y tomólas.*

Yerran, pues, las leyendas reproducidas en 2. Reyes, 18, 20, al suponer que no hubo agresión contra Jerusalem, y que los oficiales de Senaquerib se presentaron ante sus puertas con el único objeto de transmitir al rey un mensaje. Es muy probable que menudearan los mensajes entre los de la ciudad y los asirios, como se desprende de lo referido por Senaquerib acerca de Padi; y del silencio de las leyendas sobre este incidente tan característico, se deduce desde luego su poca exactitud. No se puede negar, sin embargo, que reproducen fielmente algún eco de aquella época de angustia para Jerusalem, como, por ejemplo, que los jefes asirios se detuvieron junto al canal ó conducto del estanque superior para tener una conferencia con los funcionarios de Ezequías, y que éste al recibir uno de los mensajes pidió oráculo á Isaías. Esta observación es aplicable sobre todo al motivo á que en último caso se debe, según la leyenda, la salvación de Jerusalem. El ángel de Jehova mata á 185,000 hombres en el cam-

(1) Bleek, pág. 256.

(2) Véase su ya citada obra, pág. 305.

(3) Puede haber exageración por parte del gran rey, como exagera asimismo cuando dice que Ezequías le envió á Nínive á sus hijas y mujeres. Brandis, en su obra: «Monedas, medidas y pesas del Asia Anterior.» Berlin, 1866, pág. 98, ha procurado hacer concordar estas cifras. Ocúrrenos, sin embargo, preguntar por qué se había de contar según distinto talento el oro y la plata.

pamiento de los asirios, esto es, una peste extermina el ejército asirio. Como el ratón es simbólico de la peste, Herodoto (II, c. 141) viene á decir lo mismo cuando refiere que el piadoso sacerdote de Hefestas, Sethos, que estaba enemistado con la casta de los guerreros y que reinó, según él, en el Egipto después del meroíta (etíope) Sabacon, no se vió expuesto al ataque del rey de los árabes y asirios, Sanacharibos, porque su dios, oyendo su plegaria, envió durante la noche millares de ratas al campamento de aquellos, las cuales se comieron las aljabas de cuero y las correas de los escudos, de modo que al día siguiente los enemigos no pudieron hacer frente á los tenderos y obreros egipcios reunidos por Sethos, y perecieron á manos de estos. Por otra parte, si admitimos que Senaquerib nos refiere todo lo concerniente á su expedición, no se explica, según el contexto de sus inscripciones, por qué se satisface con la sumisión á medias de Ezequías y deja completamente en paz á los egipcios después de tantos triunfos. Es evidente, pues, que Senaquerib nos oculta el desgraciado final de su campaña. Después de haber sometido y castigado á las ciudades fenicias y filisteas, y hecho fracasar la tentativa de los meroítas para socorrer á estas, teniendo á sus pies á casi todo Judá, donde solo resistía todavía la sólidamente fortificada Jerusalem, vése finalmente obligado á contentarse con el tributo y homenaje de Ezequías, y á aplazar sus planes sobre el Egipto, porque una peste diezma su ejército. Senaquerib entonces se retira, sin que Jerusalem haya sido hollada por el pie de un solo asirio.

Pero no puede ser más triste la situación en que queda Judá. El trozo de una plática procedente de aquella época que se nos ha conservado merced á su intercalación en otra profecía de Isaías (1, 5-9), dice á los judaitas: *¿Para qué habéis de ser castigados aun, si volvéis á rebelaros? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay nada ileso; todo es herida, hinchazón y llaga, que no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite. Vuestra tierra es un desierto; vuestras ciudades están consumidas por el fuego; vuestra tierra delante de vosotros asolada por extranjeros. Es desolación como la destrucción de Sodoma y Gomorra. La hija de Sion es como choza en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada. Si el Jehova de los ejércitos no nos hubiera dejado cortos residuos, seríamos como Sodoma, y semejantes á Gomorra.*

Para el progreso de la religión fué de la mayor importancia que Jerusalem se salvara, y que el juicio de Isaías sobre la situación de Judá, justificado por los hechos, apareciera como inspirado por Jehova. Con efecto, los egipcios no pudieron auxiliar á sus aliados; la política combatida por Isaías había llevado al Estado hasta el borde del precipicio, y con razón había tachado Isaías de absurdos los planes fraguados por los consejeros de Ezequías con el más profundo misterio. Por disposición de Jehova había sucedido lo que Isaías, en una fiesta de la recolección, según toda probabilidad en la del año 702, vaticinó á la regocijada gente reunida ante el altar del holocausto (29, 1 y siguientes): *¡Ay del altar, altar! ¡ciudad que conquistó David! Añadióse un año á otro año y se sucedieron las fiestas. Mas yo pondré cerco al altar, y su riqueza y su bullicio serán míos. Yo acamparé como David en tu derredor (4), te estrecharé con un muro y levantaré contra ti baluartes. Entonces serás humillada; hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo. Tu voz vendrá de la tierra, como la de un espíritu de muerto, y tus palabras resonarán desde el polvo. Y serás como el polvo de la tierra ventilado por la mu-*

(4) El texto de los primeros versos está indudablemente estropeado en el texto masorético, y es probable también que lo esté en la versión de los LXX.

chedumbre, como polvo menudo (1), y como bodegue que pasa, la multitud de tus tiranos; y esto sucederá repentinamente, en un momento. Del Jehova de los ejércitos serás visitada con truenos, y con terremotos, y con gran ruido, con torbellino y tempestad, y por llama de fuego devorador.

Jehova había estrechado á Jerusalem en el círculo de hierro del ejército sitiador asirio; mas no se dejó arrebatar la presa por los que no eran más que su instrumento; véanse las palabras con que lo profetizó Isaías en otra ocasión (31, 4 y 5): *Como el león, y el cachorro del león, rugen sobre su presa, y si se allega contra él cuadrilla de pastores, no se asustan por sus voces, ni se acobardan por el tropel de ellos, así el Jehova de los ejércitos descenderá á pelear por el monte de Sion, y por su cima. Como las aves que vuelan, así amparará el Jehova de los ejércitos á Jerusalem, amparando, librando, perdonando y salvando.*

En la peste que se declaró en el grueso del ejército de los asirios, era natural, dadas las creencias religiosas de la época, que se viera la mano de Jehova que acudía al socorro de su pueblo. Y la salvación fué repentina, en un momento; todo pasó como sueño durante la noche.

Esta salvación debió de impresionar hondamente á los judaitas, demostrándoles que el Jehova del profeta era el verdadero. Y Jehova, por boca del mismo profeta, había rechazado su adoración en imágenes y prometido llevarles por el buen camino si atendían á la enseñanza de aquel *Nunca mas te será quitado tu maestro, sino que tus ojos verán tu maestro, y tus oídos oirán á tus espaldas palabra que diga: «Este es el camino, andad por él,» ya sea que echeis á la derecha, ya sea que torzáis á la izquierda.* Como consecuencia de este mandamiento, había predicho el profeta la supresión de las imágenes: *Entonces profanareis vuestras imágenes cubiertas de plata y de oro; las arrojareis como inmundicia. ¡Vete de aquí! les diréis (c. 30, 20 y siguientes).* Y entonces vendrá el tiempo dichoso en que Jehova bendecirá á su pueblo con la deseada prosperidad.

Es posible que estas ideas se apoderasen también del ánimo del rey. Suficiente motivo le habían ofrecido los desastres pasados para dudar de la sabiduría de sus funcionarios, que se habían burlado del profeta y de sus predicciones. Así se impuso la reforma del culto en el sentido de las ideas predicadas por Isaías. Ciertamente que no poseemos sobre esto sino un solo dato histórico, el de haber sido arrojado de su sitio el antiguo ídolo Nehushtan; pero aun cuando no tuviésemos este dato, habríamos de deducir la adopción de semejante medida del eco que de ella repercutió en la leyenda, y de las huellas que ha dejado en la exposición histórica posterior. Naturalmente, la prohibición del rey no logró que desaparecieran en absoluto las imágenes; no faltarían á buen seguro sitios reservados donde continuarían siendo adoradas, y sobre todo no era posible someter á registro la propiedad particular. Mas fueron arrojadas del templo, y éste era ya el santuario más importante del país y, por lo mismo, el que influía en los demás. Era ya costumbre que con motivo de la fiesta de la recolección, acudiesen allí las muchedumbres de todas las ciudades de Judá. Pero más importante aun que la reforma en el templo del rey, fué el hecho de que la opinión pública coincidió en un punto con las ideas del profeta.

No hay duda que se había arraigado hondamente en los judaitas la convicción de Isaías, que le inspiró hasta en los momentos del mayor peligro la seguridad de la salvación final de Jerusalem, es decir, la convicción de que Jehova no permitiría que su templo cayese en manos de los enemigos. La idea de que Jehova tiene un fuego en Sion y un hogar en

Jerusalem (31, 9) va, sin embargo, materializándose cada vez más entre el pueblo y entre los profetas posteriores que siguen las huellas de Isaías, hasta convertirse en el dogma de que la presencia de Jehova en Jerusalem preserva á la ciudad de la conquista y al Estado de la ruina. Esta idea domina durante todo el siglo subsiguiente. Veremos más adelante cómo semejante dogma produce al fin la ruina, á pesar de las advertencias recibidas, y cómo el último de los profetas lo combate inútilmente.

Parece que Judá, después de la retirada de los asirios, se repuso rápidamente de las pérdidas sufridas. Si Senaquerib no exagera el número de los deportados, ciertamente que el país se vió despojado entonces de una gran parte de su población; pero es probable también que ante el avance de las huestes asirias, muchos judaitas se refugiaron en Edom y Moab, y que en Jerusalem no quedara sino el grueso de los contingentes de guerra. A pesar de la retirada de los asirios, Ezequías continuó siendo vasallo de su rey. Mas parece que no se conformó con la repartición del territorio judaíta, hecha por Senaquerib entre las ciudades filisteas, y hasta logró ensanchar sus dominios á costa de estas. A esto puede referirse el pasaje de 2. Reyes, 18, 8: *Rechazó á los filisteos hasta Gaza y sus términos, desde las torres de las atalayas hasta la ciudad fortificada.* No puede referirse esta noticia á la época anterior á 701, ya que las masas en las ciudades filisteas estuvieron de parte de Ezequías durante la rebelión de los Estados filisteos contra Senaquerib, como nos lo demuestra el ejemplo de Ekron.

Nada nos dice la tradición acerca de la suerte ulterior de Ezequías.

II. La reacción y el sincretismo religioso. Manasés y Amon.

Mirada desde el punto de vista del desenvolvimiento posterior, la reforma de Ezequías fué incompleta. Las ideas que la habían inspirado no podían prosperar sino llevadas á su última y lógica consecuencia. No eran solo los ídolos lo incompatible con el Jehova de la profecía, el dios amante de Israel pero justo, y había algo más opuesto á su esencia que el insensato culto de sacrificios de la muchedumbre. Tampoco se conciliaban con ella los signos naturales (árboles, piedras, etc.) en que era venerado, según antigua costumbre heredada de los patriarcas, y sin embargo, Isaías no había puesto reparo á las *ascheras* y columnas. Por otra parte, de que Jerusalem no fuera conquistada porque Jehova estaba allí presente, no se deducía tan solo que en esta su morada únicamente pudiera acudirse á él en manera grata y adecuada, sino que también y ante todo se desprendían estas preguntas: ¿Qué relación resultaba entre aquel lugar tan manifestamente favorecido por Jehova en la crisis asiria y los muchos otros lugares de culto? ¿Cómo se conciliaba con esto la antigua autoridad de los grandes santuarios del país, que fueron cuna del culto de Jehova fundado por los patriarcas? ¿Cómo era que Jehova solo se había manifestado en el monte Sion en tiempo del rey David, siendo David el primero á quien se apareció en la sagrada peña? Si Jehova moraba en Sion, no podía habitar aquellos otros lugares, y en este caso no debía hacersele en ellos sacrificios ni ofrendas, ni tampoco había de oírse su palabra allí. Si moraba en Sion, solo en Sion podía ser venerado. No bastaban, pues, las medidas adoptadas por Ezequías y se hacía indispensable ir más allá, fomentando el culto único de Jehova, despojado de todo símbolo, en el templo salomónico.

Siempre son los adversarios de una evolución religiosa los que la compelen á desenvolverse hasta alcanzar el grado ase-

(1) Que barre el soplo del viento.

encuentra en 19, 9^b (1). En la segunda leyenda se ha intercalado además un oráculo de Isaías (19, 21-31), que primitivamente no pertenecía á ella y que interrumpe las palabras que pone en boca de este profeta, oráculo que, como la primera leyenda (18, 17-19, 9^a), supone que el mensaje de Senaquerib fué transmitido verbalmente (2). Ambas leyendas están en contradicción con la realidad al suponer que Senaquerib se contentó con exigir la sumisión de Ezequías por medio de una simple embajada, pues consta que un ejército enviado por él puso sitio en toda forma á Jerusalem. Ambas, sin excluir el oráculo interpolado en la segunda, testifican con sus conceptos religiosos que proceden de época posterior á Isaías (3). No es indicio menos evidente de esta procedencia su juicio histórico, sobre todo la adulteración que sufren en ellas las ideas de Isaías, cuyo punto de vista profético apenas parece diferenciarse del político del rey Ezequías. Nada más característico del origen de la segunda leyenda que la superlativa candidez con que refiere en 19, 35: «*Y aconteció que la misma noche salió el ángel de Jehová, é hirió en el campo de Senaquerib á 185,000 hombres. Y CUANDO DESPERTÓ POR LA MAÑANA, VIÓ QUE TODOS ELLOS ERAN CADÁVERES.*» En cuanto al relato de la enfermedad y milagrosa curación de Ezequías, sería supérflua toda demostración de su carácter legendario, hartamente evidenciado ya con el milagro que refiere del reloj de sol (4).

Así se repite también en este punto el caso tantas veces observado en el Libro de los Reyes: donde hay abundancia de fuentes, suelen abundar también en gran manera las tradiciones de escaso valor histórico.

No hay, pues, más recurso que atenerse, en primer lugar, á las noticias suministradas por Senaquerib (5), y luego exa-

(1) En ambas leyendas son paralelos: a.) la pretensión de los asirios de que no había que confiar en Jehová, y sus razones; compárese 18, 20-22 con 19, 10-13; b.) la visita de Ezequías al templo, después de recibir el mensaje; compárese 19, 1 con 19, 14; c.) el oráculo de Isaías después de la visita al templo, que, según 19, 3 y siguientes, recibe Ezequías en contestación al mensaje que había enviado con toda solemnidad á Isaías, pero según 19, 20, por propia iniciativa del profeta, asegurándole que Jehová hará volver á Senaquerib á su tierra; compárese 19, 7 con 19, 33; d.) el relato que sigue á esto, referente á Tahaka, rey de Etiopía; compárese 19, 9 con 19, 35 y siguientes. Tan repetida y hasta literal coincidencia demuestra que la milagrosa salvación de Jerusalem en el año 701 fué tema frecuente y predilecto de la leyenda.

(2) 19, 22 y 23, suponen que hubo palabras injuriosas por parte de los enviados de Senaquerib. El v. 31 es un final de profecía, tras el cual no se puede esperar que venga lo expresado en 32 y siguientes, cuanto que su principal contenido está ya dicho en v. 27. 19, 7, 19, 28, 19, 33, son tres variantes de una misma conminación profética. Al v. 20 debería seguir, pues, el v. 32.

(3) La posterioridad de la primera leyenda se desprende de 18, 22, que interpreta la reforma de Ezequías en sentido deuteronomista, como también de 18, 34, pasaje que atribuye á Senaquerib hechos de distintos reyes asirios. La segunda leyenda es acaso más moderna que la primera, ya que en 19, 15, al designar á Dios como creador del cielo y de la tierra, expresa un concepto de la divinidad que no es propio de la época anterior al cautiverio; además en 19, 36 y 37 presenta en inmediata relación el regreso de Senaquerib de la campaña de 701 y su asesinato, sucesos apartados entre sí unos 20 años, y en el v. 37 da á Nisrach el carácter de dios asirio. Y el oráculo 19, 21-31, introducido en la segunda leyenda, demuestra su moderna fecha en que nos presenta, en 19, 24, á Senaquerib jactándose de la conquista del Egipto, que solo se efectuó durante el reinado de Asaraddon, bastando esto para demostrar que no puede proceder de Isaías.

(4) Es muy instructiva la comparación de las dos versiones de la leyenda en el Libro de los Reyes con la que vemos en Isaías, pues demuestra cuánto se hizo posteriormente para aumentar lo milagroso del suceso.

(5) Las inscripciones que hacen referencia á esos sucesos se encuentran traducidas y comentadas en la obra de Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», págs. 285 y siguientes. De lo que dejo expuesto más arriba se desprenden mis razones para discurrir de la opinión de Schrader en su tarea de concordar estas inscripciones con el Libro de los Reyes.

minar si es posible concordar con ellas el único relato del Libro de los Reyes que tiene carácter histórico, 2. 18, 14-16, y acaso resulte también que la parte de leyenda tiene algún punto de contacto con la historia. Sin embargo, no se puede reconstruir la historia de la campaña del año 701 por medio de la amalgama de los datos que nos proporciona Senaquerib con el contenido de 2. Reyes, 18-20. Sobre el espíritu reinante en Jerusalem en aquellos tiempos nos suministra indudablemente los mejores informes la fuente, única en su género, que nos ofrecen las profecías de Isaías de esta misma época, que conservamos en c. 22 y c. 28-31.

Entre las inscripciones de Senaquerib que hacen referencia á los sucesos del año 701, es la más importante la del cilindro hexaedro de barro de Taylor, de la cual es complemento en puntos esenciales su paralelo de los toros de Kujundschik. Es justificada la opinión de Schrader, de que la campaña del año 701, la tercera de Senaquerib, está dividida en cuatro partes en las inscripciones: 1.^a) guerra con Luli (Eulaleos) de Sidon y las ciudades fenicias que siguieron á éste; 2.^a) guerra con Sidka de Ascalon y las ciudades fenicias y filisteas sometidas á éste; 3.^a) guerra con Ekron y los meraitas y egipcios que habían acudido á su socorro, y 4.^a) guerra con Ezequías de Jerusalem.

Eulaleos de Sidon huye á Chipre ante el avance de Senaquerib. Las ciudades fenicias, hasta Acre inclusive, se someten. En lugar de Eulaleos, es nombrado rey de Sidon Tubal'u (ó sea, Ittoba'al). Arados, Byblos, Asdod, así como los amonitas, los moabitas y los edomitas, ofrecen su sumisión y envían tributo. Tan solo de Tiro nada dice Senaquerib, y se comprende, pues que corresponde á esta época el infructuoso ataque contra dicha ciudad, del cual, con referencia á Menandro, hace mención Josefo, atribuyéndolo á Salmanasar.

Senaquerib refiere luego que ha hecho prisionero á Sidka de Ascalon y llevádole á la Asiria, poniendo en su lugar por rey á Sarludari. No sabemos si Ascalon se entregó voluntariamente, ó fué tomada á viva fuerza. En cambio nos dice Senaquerib que ha conquistado las ciudades que eran de Sidka, Joppe, Bene-Berak, Bet-Dagon y Asuru, que no se le sometieron en tiempo oportuno. De esto, así como de la circunstancia de que Senaquerib hace mención después de la toma de Ekron, situada al Norte de Ascalon, puede deducirse ciertamente que esta última ciudad se sometió *motu proprio*.

Cuando Senaquerib se dispone á sitiar á Ekron, cuyo rey Padi se encuentra prisionero en Jerusalem, se presenta el rey de Meroe con un gran ejército al socorro de sus aliados. Trábase la batalla en Altaku (Elteke, Jos., 19, 44. 21, 23), y son derrotados los meraitas, los cuales se ven obligados á evacuar la Palestina. Los asirios se apoderan de Elteke, Timna y Ekron, y castigan con su acostumbrada crueldad á los adversarios de su dominación. Padi, puesto en libertad por Ezequías en cumplimiento de las órdenes de Senaquerib, es reintegrado en su trono. Solo Judá queda aun por dominar. Refiere Senaquerib que ha conquistado todas sus ciudades fuertes, sus burgos y lugares, habiéndose llevado 200,150 prisioneros y abundante botín de guerra. «A él mismo — dice el asirio en la inscripción del cilindro de Taylor (6) — encerré, como pájaro en la jaula, en Jerusalem, su ciudad real. Levanté fortalezas contra él, y cerré las salidas de la puerta principal de su ciudad. Separé de su territorio las ciudades que le tomé y las di á Mitinti, rey de Asdod, á Padi, rey de Ekron, y á Silbel, rey de Gaza; disminuí, pues, su tierra.» Senaquerib dice más adelante, que espantado Ezequías se sometió y pagó 30 talentos de oro y 800 de plata,

(6) Según Schrader, en su obra ya citada, pág. 293.